

El camarote de los hermanos Marx

024

No sé a qué cabeza pensante se le ocurrió que dar la medicación en el botiquín era una buena idea. La sospecha de que algunos pacientes tiraban la medicación era una hipótesis más que plausible y lógica. Yo siempre pensé que allí encerrados era lo menos que podían hacer. La transgresión como una forma de libertad, de desafío. Secretamente me congratulaba con la parte más romántica de la historia. La revolución silenciosa del que se ríe por lo bajini de las normas.

Lo que no me parecía tan bien es que ese hecho me repercutiera a mí que, como enfermera, me tocaba paliar las deficiencias de un sistema que además imponía una solución a mi modo de ver absurda que difícilmente remediaba el problema. Después de tantos años trabajando había descubierto que la interacción entre los seres humanos daba siempre un saldo diferente a lo he esperado por la suma de cada una de sus acciones. Así, si lo esperado era que nuestros usuarios subieran a una hora convenida, en orden y de forma paciente esperaran su turno para ser atendidos. Lo que sucedía era siempre diferente. Imprevisibles ellos, como orgullosos líderes de su particular revolución, iban llegando a su aire cuando decidían. Eso sí, dentro de un margen horario que les imponía el centro, pero absolutamente ajenos a mis otras muchas obligaciones de carne y hueso que a esa hora son además ingentes. Así que a la misma hora transitaban con la misma exigencia pacientes reclamando prótesis, de todo tipo: gafas, dientes, audífonos, ojos...

Sí,sí, he dicho ojos: Miguel cada mañana viene a reclamar su ojo de metacrilato. Cuando lo trajeron por primera vez y lo vi ,dentro de su recipiente transparente, pensé: Ay madre, cuánto tardará en perderse. Este era el tercero que traían. Miguel era de

naturaleza impulsiva, siempre inquieto. Rara era la vez en que, al observarlo, no dudaras de que aquella pequeña pieza que bailaba dentro de su cuenca blanquecina fuera a salir por los aires disparado por uno de sus arranques característicos en los que sin venir ni a qué ni a cuando se agitaba con tal intensidad que no sabías cual de los dos ojos saltaría antes. Y valían una pasta, que él mismo sufragaba con los ahorros inevitables de una vida encerrado en una institución que hasta ahora no había sabido cómo gestionar el ocio de los pacientes y que ahora ofrecía, gracias a una fundación, la posibilidad de dinamizar una parcela de sus vidas. Paradójicamente, si seguían empeñados en seguir comprando ojos, lo único que vería el ojo sano sería el parque del psiquiátrico, ya que no le quedaría ni un duro para disfrutar de las actividades que proponía el comité de lúdicas. Cuando se me presentara la oportunidad lo expondría en una de las soporíferas reuniones de equipo: menos ojo de plástico y más paseos, cine, salidas a comer. Otra cosa en que me hicieran caso.

Total, que por mucho que yo quisiera imprimir un aire de solemnidad profesional, el botiquín a esas tempranas horas era un caos, ya que otros muchos pacientes acudían también a curarse, ponerse inhaladores, preguntar, charlar, sentarse un ratito a observar la actividad frenética desplegada por mí a esas horas. Y mientras yo, que en un intento desesperado de convertirme en pulpo o en una de esas diosas hindúes de ocho brazos capaces de hacer múltiples cosas a la vez, queriendo satisfacer a todos, pacientes, personal cuidador, señora de la limpieza.., acababa sintiendo que me encontraba más cerca de estar en el camarote de los hermanos Max que no en el idealizado espacio de paz necesario para acometer uno de los actos más trascendentes de la vida de una psiquiátrico: la toma de la medicación.

Encarnita es la última que viene. Siempre lo es. Es la aristócrata del desatino. Percibe que la decisión de que ella sea una de las elegidas para recibir la medicación en ese régimen especial responde más a una deferencia que a un castigo o penalización y así me lo hace ver. Aporreando sin freno la puerta, entrando como una exhalación por encima de mí, ordenándome cómo o cuál debe ser el vaso que utilice para el agua... No puede ser cualquiera, tiene ser el que ella elija de la torre de vasos de plástico, ni el primero ni el último. Por supuesto, no puedo tocar la medicación. Craso error que puede ser castigado con un soberbio rapapolvo aludiendo a mi falta de profesionalidad y que yo cuido in extremis por dos razones: no oírla y porque además lleva razón . Hoy viene de drag queen, o sea, pintada como para el carnaval de Tenerife. Me encanta Encarnita. Representa el por qué de mi trabajo aquí. Esa fascinación por el trastorno mental. Una mezcla perfecta de horror y atracción que me atrapa en el reconocimiento de mi misma en la exposición de su discurso..

Agradecía que fuera la última. Suele serlo. Viene cuando ha desayunado. No sea que la pastilla le agrie el café (descafeinado) que le damos y del que dice que es una mierda. Una vez tomadas las pastillas, me mira. De hecho, ese es mi cometido mirarla, escrutarla, analizar con mi mirada cualquier atisbo de engaño, subterfugio. Así que me transformo en poli y observo que, en sus esfuerzos por convencerme de su inocencia, saca una lengua enorme que, haciendo chicuelinas y quiebros, consigue mostrar hasta su glotis perfecta pero sin rastro de medicación. Una parte de mi me dice que ojalá la haya tirado. Que me gusta loca. Loquísima.

No siempre es posible ni se me da la posibilidad de que el encuentro derive en otra cosa que en lo descrito anteriormente a pesar de mis intentos por conseguir algo más que la certeza de que ha ingerido el antídoto a su atractiva locura. Antes de que se vaya, “espiritada” como va, con el paso firme del que tiene que hacer algo importante,

urgente, ineludible y no sencillamente apostarse en la puerta del bar esperando que lo abran mientras se fuma un cigarro, suelo preguntarle por cosas: ¿cómo estás? ¿cómo has dormido? ¿qué has soñado? Cuéntame una historia fantástica le digo con un guiño de complicidad en un intento de retenerla y de llegar a la esencia de su desvarío. Aún no había podido articular palabra cuando fue otra voz grave la que inundó esa pequeña estancia:

Amanecía, había dormido al raso. En pleno verano no me hizo falta ni saco. 25 años tenía. El mundo se paró. La naturaleza en estado puro que hasta ese preciso instante me envolvía con sus múltiples sonidos, olores, sensaciones, había enmudecido. Fue un instante eterno dónde también a mí se me paró el pulso. Convencido de que aquello no era más que el preámbulo de una respuesta largamente esperada, sentí que se me estaba enseñando el camino que debía seguir. El sentido de mi vida. Ese momento era mi bautismo. El momento mágico en que se me abrían las puertas de mi casa. De mi verdadero hogar. El bosque, las montañas, la compañía del murmullo de los riachuelos, el lecho de musgo sobre el que reposaba mi cuerpo, mi cama. Un sentido de pertenencia me embargó hasta la lágrima. Ese era mi lugar en el cosmos y el sentido de mi vida: transitar el mayor tiempo posible por caminos salvajes seguro de que solo allí encontraría la paz.

Cuando cesó el relato de Alberto, el cuidador, Encarna me miró. Cómplice. Consciente todavía de que la pregunta iba dirigida a ella y no a Alberto que ahora se incorporaba después de hallar, por fin, la bandeja que se le resistía en el carro que transporta la medicación y que había permitido que impidiera que viera para quién iba formulada la pregunta. Y agarrándome por los hombros me dio un sonoro beso a la vez que me decía con sorna: ¿Mas fantástico que eso? dijo riéndose con la carcajada estruendosa de una bruja mala. Ábreme la puerta que voy tarde Y salió apresuradamente del botiquín.